

José Antonio Aguilar Rivera. *La geometría y el mito. Un ensayo sobre la libertad y el liberalismo en México, 1821-1970*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.

José Antonio Aguilar Rivera esboza una respuesta sobre por qué florece la democracia, pero no la libertad. Si bien –afirma– la democracia se ha instalado en México, no ha ocurrido lo mismo con las libertades fundamentales de los individuos. Así, desde sus primeras páginas, la obra de Aguilar Rivera refiere una gran verdad: que la necesidad de centrar la atención en la escritura de Constituciones empobreció de una manera singular la tradición liberal latinoamericana.

Una frase como esta podría ofender a muchos constitucionalistas. Sin embargo, lo que intenta demostrar Aguilar Rivera en su ensayo es que las ideas importadas de Europa y de Estados Unidos fueron tomadas por personajes de la historia mexicana como parte de una propuesta liberal, pero también desaparecieron otras preocupaciones de índole filosófica o económica. Es más, Aguilar Rivera se atreve a afirmar la poca producción hispanoamericana de ideas propias.

El ensayo de Aguilar Rivera empieza con la llegada del liberalismo a México en el siglo XIX y cómo este se transforma en diferentes discursos promovidos por distintos personajes de la historia mexicana. Si bien Aguilar Rivera es objetivo señalando datos, resalta la pasión de los personajes que estuvieron vinculados con ideas liberales, como Gustavo Velasco y Luis Cabrera. Asimismo, respalda el ensayo de autores como John Stuart Mill, Stephen Holmes y Richard Hale, que respaldan las definiciones empleadas y las conclusiones a las que llega en cada capítulo.

Sin embargo, el aporte del ensayo no está solamente en los datos proporcionados por el autor, sino también el esfuerzo por señalar las características de un liberalismo mexicano, que difieren del liberalismo clásico y que se acercan más a la propuesta liberal de la Europa continental. Así, Aguilar Rivera señala claramente que el liberalismo mexicano, en un primer momento, no fue –como en otros países– un liberalismo que albergara la tolerancia religiosa, ni la separación de la Iglesia del Estado, siendo este un rasgo no exclusivo de México, sino de toda Hispanoamérica.

Asimismo, Aguilar Rivera señala que desde el fin de la ocupación estadounidense hasta la guerra de la Reforma, los liberales estuvieron divididos en “moderados” (con Ignacio Comonfort) y “puros” (entre

estos últimos, Benito Juárez, Ponciano Arriaga y Melchor Ocampo). La división giraba en torno al tipo de gobierno y al ejercicio del poder, defendiendo, por un lado, a un sistema presidencialista, mientras otros apoyaban un sistema parlamentario. Sin embargo un rasgo conspicuo de este primer liberalismo mexicano fue crear un Estado políticamente fuerte y un régimen económico de individualismo sin trabas. Así, el papel del Estado resultaba fundamental en la vida política de México, señalando Aguilar Rivera que para los liberales del siglo XIX “solo un poderoso Estado centralizado sería capaz de proteger los derechos individuales contra los caciques locales y las mayorías religiosas. Solamente un Estado enérgico e ingenioso podía defender a los débiles de los fuertes”.

Pero en esa primera etapa ocurriría lo que el autor denomina el Disenso Contemporáneo, que se reflejaba en la línea editorial de diarios como “El Universal”, que señalaba que detrás del liberalismo solamente había hipocresía, afirmando que las acciones de quienes propugnaban los valores liberales son un ejido de arrogancia y superioridad, de despotismo, humanidad y fiereza. Por su parte, los conservadores atacaban desde el diario “El Siglo XIX”, haciendo referencia al “pobre loco de Jean-Jacques”. Posteriormente, al final del siglo XIX empezaría el denominado Ocaso del Liberalismo, en el que la discusión se centraba alrededor del sistema de gobierno más adecuado para México.

Ya en el siglo XX, el liberalismo sufriría el desplazamiento de otras corrientes políticas como el fascismo, el comunismo y el nacionalismo. Sin embargo, México hizo su propia contribución a la obsolescencia del liberalismo: la Revolución mexicana, que –según el propio Aguilar Rivera– constituyó una fuente de inspiración antiliberal para el resto de América Latina, quedando la supervivencia liberal en la primera mitad del siglo XX no en la vida política y cultural de México, sino en la poesía y la literatura. Así, el único que mantendría libre el liberalismo a través de su crítica sería el ex revolucionario Luis Cabrera, quien contribuiría a la creación de un proyecto educativo libre, al que haremos referencia en el siguiente párrafo.

Continuando con la historia del liberalismo en México, Aguilar Rivera nos cuenta la trascendencia de algunos importantes personajes, entre ellos el filósofo Antonio Caso, abanderado de la educación libre. Caso sería quien, en setiembre de 1933, en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, donde se aceptó el materialismo histórico como

guía de la educación media y superior, se opondría rotundamente, afirmando que “la libertad es inherente a la cátedra, no debiendo tener más límite el profesor que la obediencia que le impongan las leyes”. Al respecto, y según lo que afirmamos al final del párrafo anterior, Aguilar Rivera resalta un hecho importante a nivel educativo: la creación de la Escuela Libre de Derecho (ELD), creada en julio de 1924 y que existe hasta la actualidad. Esta institución educativa no se encuentra ligada al Estado, a la Iglesia o a algún grupo político o empresarial.

Posteriormente, en 1939, se fundó el Partido Acción Nacional (PAN), formado por grupos de católicos inconformes, empresarios, profesionistas, maestros y algunos intelectuales que compartían la idea liberal clásica de proteger las libertades del individuo y limitar la intervención del Estado en la economía. Sin embargo, por la influencia de algunos eventos como la Guerra Civil española, el PAN, según Aguilar Rivera, se inscribe en la búsqueda de la “tercera vía”, a la que me permito definir como una propuesta política “de centro” o reformista, que sugiere una posición intermedia entre el *laissez-faire* y la economía centralizada o planificada; promoviendo la economía social de mercado como régimen económico que busca explícitamente ser un punto medio entre el liberalismo y socialismo (algo imposible para un liberal clásico como Mises, por ejemplo). En ese sentido, afirma Aguilar Rivera, en el PAN converge la oposición católica al estado revolucionario, influenciados por la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII y esto se refleja en que “la persona humana del ideario del PAN no es el individuo de la antropología del liberalismo; no viene del estado de naturaleza, sino de la doctrina social católica”.

Finalmente, el autor termina haciendo referencia a Gustavo Velasco, como uno de los ideólogos extemporáneos de lo que se podría llamar liberalismo mexicano y quien difundiría las principales ideas de autores como Ludwig von Mises y Friederich von Hayek. En ese sentido, Velasco se mostraba en contra del Estado de Bienestar, al que señalaba como una fase de la transición hacia el totalitarismo. Asimismo, señala Aguilar Rivera, Velasco, como Mill en el siglo XIX, creía que las comunidades primitivas no eran aptas para el gobierno libre y postulaba, al igual que Rabasa en 1912, que era necesario cualificar el sufragio.

En conclusión, Aguilar Rivera nos presenta un ensayo que explica las razones que han hecho de México un país al que aún le falta desarrollar más conciencia de los derechos individuales y de la libertad, más que de instituciones democráticas y el peligro que representa el

denominado multiculturalismo (marxistas metamorfoseados, según el autor) que proponen derechos colectivos para las minorías culturales como condición necesaria para ejercer los derechos individuales.

Para quienes tengan interés en conocer cómo aparece el liberalismo en América Latina, la obra de Aguilar Rivera resulta un referente interesante por su objetividad, datos históricos y conclusiones. Al final de la lectura resulta más sencillo comprender el papel del liberalismo en la vida política latinoamericana y su transformación progresiva hacia otras corrientes más orientadas hacia la “tercera vía”, una tendencia que, actualmente, marca el rumbo político de casi toda América Latina.

Eduardo Rezkalah Accinelli